



tiempo lo más disimuladamente que podían, porque no se turbase ni rebelase toda la gente de la tierra.

Los andaluces, viendo ya que sus enemigos no venían como solían á fatigarlos en sus casas, y que desde la ciudad principal y sus alrededores eran los daños que hacían, salieron ellos también por allí como por los otros campos y despoblados de la tierra, donde cuantos fenices topaban maltrataban gravemente, hiéndolos y destruyéndoles las personas, con todo lo demás que tocase á sus haciendas y tratos, y generalmente les ponían á toda parte tales estorbos, que ni se les osaban desmandar como solían, ni discurrían tan sueltos como primero; mas á la sazón estaban los fenices tan arraigados en aquellas comarcas, que aunque no tuviesen las entradas y salidas mucho libres, pusieron gentes armadas en los pasos principales, y lo demás que posían teníanlo tan á buen recado, tan fortalecido y con tales defensas, que fuera muy dificultoso despojarlos dellos. Con esto gastaron años y tiempos los unos y los otros en trabajos y discordias continas. En fin de las cuales, conociendo los andaluces que de todos cuantos recuentros habían con ellos alcanzaban siempre victoria, y que ya notoriamente los fenices andaban atemorizados, apretáronlos más de recio que nunca, tan denodados y con tanta determinación, que por ningún modo se pudieran valer ni amparar si no fuera por las torres y lugares fuertes que poseían en la comarca, de los cuales hubo muchos quemados y derrocados por el suelo, muchos también donde no pudieron obrar aquel daño, fueron ganados á fuerza de combates; y si quedaron algunos lugares de fenices dentro de la tierra, serían de muy poca sustancia, tales que no mitaron en ellos, ó los andaluces no los tuvieron en algo. Verdaderamente pudieran aquella vez echarlos fuera de todo punto, si no llegáran á la sazón en el Andalucía ciertas galeras medianamente proveídas de gente griega, naturales y nacidos en la misma tierra de Grecia; los cuales andaban huidos ó desterrados de sus casas. Y sabida la fama de la riqueza que tantos años aquellos fenices contino sacaban de España, se vinieron á ella como mejor pudieron. Así que tomaron tierra dentro de los puertos españoles de nuestro mar Mediterráneo, pocas leguas ántes del Estrecho de Gibraltar, sin estorbo ni contradicción de nadie. Los fenices, oída su llegada, vinieron á ellos prometiéndoles crecidos intereses, ofreciéndoles confederación perpetua de su compañía, y con éstos y con alguna gente de moros africanos, que cogieron á

suelo, se tornaron á derramar por el Andalucía, renovando la guerra tan de presto, que brevemente cobraron casi todos los mineros, y torres y sitios fuertes que primero poseían, en lo cual aunque parte de los españoles mirasen, y les pesase dello, no movieron ni se determinaron á resistirles por el presente, creyendo que sólo pretendían cobrar lo perdido, y que con acordarse de la guerra pasada, quedarían tan escarmentados, que por no se ver en otra tal cesarian en las prisiones y crueldades que primero tentaban contra las gentes y pueblos de la tierra.

Pero como la victoria por la mayor parte traía consigo soberbia, mayormente si malos la tienen, considerando los fenices y sus allegados, que los andaluces no se movían, y les dejaban salir con todas sus presas y robos, creyeron que de temor lo hiciesen, y comenzaron de nuevo los daños y crueldades acostumbrados, mucho más continos y más públicos que solían, formando la guerra manifiesta, como contra sus enemigos capitales, matándolos y destrozándolos donde quiera que los hallaban en el campo y en las poblaciones. Y no contentos con esto procuraron de tomar á pura fuerza la villa nombrada Turdeto, que por estos días era cabeza de todo lo mejor de las gentes andaluzas, y al dicho de sus naturales della, fué la primera y más antigua de cuantas en aquella tierra se poblaron. Esta (según las señas que de su sitio pone Juliano Luca Diácono), solía ser todos los días que por allí duró, en medio camino que iba entre dos villas, nombradas en su tiempo Cesariano y Arcobriga, que son ahora ciertamente Jerez de la Frontera y Arcos, mucho conocidas y sabidas en el Andalucía, desviadas cinco leguas la una de la otra. Puesto que (como el mismo Juliano confiesa) la población Cesariana no era fundada cuando los fenices de Sidon y de Tiro quisieron sojuzgar á Turdeto; pero certifica que Turdeto y Arcabriga, caían muy cercanas al magnífico templo y á la gran ciudad que los fenices y sus allegados los de Cádiz allí poseían, desde la cual obraban todas aquellas demasías y desafueros.



CAPÍTULO XXVIII.

De las poblaciones que los de Cádiz y sus fenices habían estos años fundado sobre la costa del Andalucía, y cómo la gran ciudad y su templo que tenían dentro de la tierra fueron destruidos con todos sus valedores. Declárase también el sitio de la ciudad y del templo, con el nombre que tuvieron en aquel siglo.

Visto por los andaluces que siempre las enemistades pasaban adelante, y que por haber ellos aflojado la resistencia, perseveraban los fenices en su mal propósito, tomaron de nuevo las armas, y juntando consigo cantidad de los célticos que los años ántes hubieron venido de la Lusitania, comarcanos á la provincia donde pasaban estas cosas, comenzaron á salir por los campos, y á defender las demasías y daños que los fenices hacían, en la cual demanda entraron aquellos célticos muy de buena voluntad, porque ya tenían contrataciones y ligas con parte destes andaluces, y conjeturaron que si los fenices de Sidon y de Tiro y los otros sus confederados prevaleciesen contra ellos, emprenderían lo mesmo contra los célticos. Así que todos juntos puestos en debate, recudían á cuantos peligros y trances venían, tan sin pavor y con tanto denuedo, que cada día los arrancañan de la provincia, matándoles gran parte de sus compañías, y como los derramamientos de sangre fuesen muchos y muy continos, andaban los andaluces tan embravecidos, y tan cebados en usarlo, que dentro de la tierra por ninguna parte bastaron los fenices á se les defender, y todo lo principal dellos se vino retrayendo contra la marina, donde tenían algunas flotas suyas y de sus allegados, con que trabajosamente conservaron los puertos y lugares fortalecidos que por allí poseían; cuales fueron la ciudad de Málaga sobre la ribera del mar Mediterráneo, la cual estos fenices habían edificado pocos años ántes que la guerra se comenzase, llamándola primero Menace, á quien despues los cartagineses engrandecieron mucho con moradores africanos, tanto, que por aquel engrandecimiento les atribuyen á ellos lo principal de su población, como muy presto lo veremos.

Tenían eso mesmo los fenices, y su liga sobre la costa de nuestro mar, otro pueblo fortalecido cerca de la parte donde hallamos agora la villa de Almuñécar, en el cabo que dijimos, los antecesores destes fenices haber tomado tierra cuando vinieron en España con demanda de poblar las columnas de Hércules, según en el sétimo capítulo deste libro lo contamos;

al cual pueblo llamaron ellos Axi ó Exi, dado que despues también fué nombrado Sexi. Poco más oriental sobre la mesma ribera, tenían otro lugar en lo postrero casi del Andalucía, que llamaron Abdera, que parece ser aque que Ptolomeo y la gente de nuestro tiempo llaman Adra, conocido y señalado dentro del reino de Granada, puesto que muchos crean ser la ciudad de Almería la que llamaban otros tiempos Abdera. Los que dicen esto sospechan también que los alarabes y moros africanos despues que pasaron en España por le decir Abera, la nombraron Abderia; despues nosotros los españoles cristianos, corrompiendo más el vocablo, la pronunciamos Almería. La crónica de España, compuesta por mandado del serenísimo rey D. Alonso el Sabio, con todas las otras Historias castellanas, escriben esta ciudad de Almería los tiempos antiguos haberse llamado Urgi; y ciertamente Urgi, lugar fué señalado por los cosmógraphos pasados, algo junto con la población de Almería. Tenían eso mesmo los fenices otro puerto llamado Melaria, sobre la canal del estrecho, casi junto con la parte donde fueron despues las Algeciras, y no cerca de Bejel de la miel, como porfían algunos, pues aquel Bejel está mucho lejos de la boca del tal estrecho. De todos éstos y de muchos otros edificios que los fenices fundaron en el Andalucía, no declaran las Historias particularmente qué tiempos ó qué días los comenzasen á morar, ni poner otra cosa más, de tener por cierto que pocos años ántes de la guerra que trabaron con los andaluces, pusieron allí gente de vecindad, en que tuvieron gran acogida cuando fueron desbaratados, y se retrajeron en aquellas partes, donde se repararon y fortalecieron lo mejor que fué posible, mas no de tal arte, que cuanto por allí trabajaban pudiese mucho conservarse, porque verdaderamente lo principal de su defensa fué la grandeza de su ciudad y del templo que tenían dentro de la provincia, tan bastecida con gente y tan guardados y proveídos, que por esta sola causa fueron siempre recelados de los españoles comarcanos; y quien quiera bastaba para conocer que ni los unos ni los otros quedarían jamás en reposo, conservando los fenices aquellas dos fuerzas en tanta magnificencia, por la cual se determinaron los andaluces ó morir ó destruirlos, y pusieron en ello tal vehemencia con tanta perseverancia de combates y de tenerlos cercados, que pareciendo imposible fatigar una cosa tan fuerte y tan reparada, no siendo por aquellos días ellos ni las otras gentes españoles diestros en poner cercos in reales, ni en otros primores de guerra, que



fuera menester en tal caso. La ciudad fué ganada por fuerza de peleas bravísimas, y todos cuantos en ella se hallaron puestos á cuchillo, donde murió mucha parte de la gente de Cádiz y de los griegos que los días ántes se le juntaron.

Los edificios y muros de la ciudad y su templo fueron derrocados por el cimientado, que casi no dejaron señal dellos, por tal manera, que nunca despues aquel pueblo se pudo restituir en aquella grandeza que primero tuvo, ni vivieron moradores en él, hasta qué, como dice Hali Halcatin en el preámbulo del tratado que compuso de los relojes del sol, muchos siglos despues vinieron en España los alarabes y moros africanos, y restauraron y poblaron de nuevo la ciudad que los de Cádiz y los fenices antiguos de Sidon y de Tiro, sus confederados, hubieron otro tiempo cimentado sobre la tierra firme de España, la cual dice que sus moros tornaron á llamar por el apellido viejo que los mismos fenices le tenían puesto cuando su prosperidad. Pero bien sabemos por las memorias de nuestra gente, que pasados algunos años despues de su restauracion, la tornaron á yermar estos mismos alarabes y moros, por diferencias y guerras que tuvieron entre sí. Declárase más en aquel tratado, que puesto que Tiro cuando la sobredicha ciudad española se fundó, floreciese mucho sobre los pueblos orientales, y con justa razon se pudiera llamar del mismo nombre que Tiro, quisieron más los fenices darle la nombradía de Sidon, por memoria de Sidon, ciudad antigua de Suria, donde procedieron y fueron naturales los más de los fenices que fundaron á Tiro, cuando se juntaron con los eritreos que vinieron del mar Bermejo, conforme á lo que ya declaramos en los treinta y cinco capítulos del primer libro. Segun estas señas pertenecientes al tal apellido, junto con las otras que Juliano Diácono puso de su lugar y fundacion, en el fin del capítulo pasado, con más las del sitio que primero dijimos en el oncenno capítulo deste segundo libro, notoriamente parece ser aquel pueblo tan famoso de los fenices, en la mesma parte que hallamos agora de la poblacion de Medinasionia, mucho conocida y notable entre las honradas de Andalucía, cerca de la comarca de Cádiz, apartada de su marina por lo ménos de cuatro leguas, y cinco de la villa de Arcos, que le cae contra Septentrion metida en la tierra, y otros cinco de Jerez llamado de la Frontera, que tambien le viene por el Occidente, con más tres leguas pequeñas á Levante, donde viene Alcalá de los Gazules, que son todos los lugares principales desta provincia. Mucho

quisiera yo que los autores á quien en esta parte sigo, declaráran á lo largo la manera que los andaluces tuvieron en aquel trance, y los combates que dieron á la ciudad y su templo, y las industrias que buscaron para los entrar, y los hechos particulares que todos aquellos tiempos acaecieran; pero no puedo decir más de lo que me dicen, ni poner sino lo que hallo puesto sabe Dios cómo, y cuán á pedazos recogido. Porque ya que algunos historiadores nuestros tratan este negocio, van tan cortos en ello, que le parecen rehusar, no lo mereciendo cierto la hazaña, segun fué notable y señalada; mas esnos forzado pasar en ello con esta falta, para que la corónica vaya de cualquier manera seguida, y proceda siempre adelante por la orden y regla de sus tiempos.

CAPITULO XXIX.

En que se declara quién pudieron ser los griegos que vinieron en ayuda de los fenices contra los andaluces, y de la nacion antigua que las corónicas españolas nombran los almonides ó almuzudes.

Podría ser que personas algunas de las que leyeren esta corónica, no queden bien satisfechas en lo que dijimos arriba de los griegos desterrados, que vinieron en ayuda de los de Cádiz y sus fenices, con los cuales fueron juntamente vencidos, por no dejar allí declarado de qué provincia griega salieron ó cuál fué la causa de su destierro, y verdaderamente cuando yo en este paso llegué, mucho miraba qué gente podia ser ésta, y aún tuve recelo que no fuesen algunas cosas mal consideradas en que nuestros coronistas españoles suelen alguna vez descuidarse cuando hablan en los hechos muy antiguos de España, porque bien tratados los tiempos, y notada su razon cuando lo sobredicho sucedió, no hallábamos en las corónicas griegas gente de su tierra, de quien supiésemos andar ausentes y huidos de su naturaleza, sino todos ellos en gran prosperidad y pujanza, y sus repúblicas grandemente puestas en orden, como fué la ciudad y república de los atenienses que por aquellos días florecia mucho dentro de su tierra con flotas muy gruesas que traian por la mar de Levante, muchos ejércitos, y sobra de gente por la tierra con que poseian señoríos en todos derredores.

Habia tambien otro pueblo de los lacedemonios principal y famoso, de capitanes mucho valientes que gobernaban las cosas de la guerra haciendo cosas notables. Florecian otrosí la ciudad de Tébas y de Corinto, con



otros pueblos en aquella provincia que conservaban su libertad y permanecian asaz triunfantes. Resplandecieron eso mesmo por aquel siglo varones excelentes, que comenzaron á descubrir entre los griegos el secreto de la naturaleza, la sustancia de las cosas, la diversidad de los tiempos y sus mudanzas, el movimiento del cielo con sus estrellas, influencias y planetas, y todo lo demas que tocan en los grandes misterios de la filosofia natural y moral. Así que parecia no hallar alguna razon, para que mostrándose Grecia tan prosperada saliese gente suya huida della con la cantidad que sobre tal caso publican. Solamente hallé cuanto á esto, que pocos años ántes que los de Cádiz y sus fenices y su ciudad fuesen destruidos aquella postrera vez en el Andalucía, tuvo la sobredicha ciudad de Aténas un tirano llamado Pisistrato, el cual se apoderó della, quitándole cierta parcialidad ó linaje de gente, nombrada los Almeonides, que fueron mucho número con otros sus allegados de gran valor en la misma ciudad. Estos anduvieron siempre huidos quanto Pisistrato mantuvo su tiranía, que fué más de treinta años, al tiempo que supieron ser muerto, vinieron á la ciudad con la más gente que pudieron, creyendo bastarian á se meter dentro para la poner en libertad. Hallaron gran contradiccion en un hijo de Pisistrato, llamado Hiparco, que despues de la muerte de su padre quedó tambien apoderado en el pueblo con otro su hermano menor que decian Hipias. Al fin de cuatro años, despues de la tiranía destes dos hermanos, Hiparco fué muerto á puñaladas por dos mancebos, llamados el uno Armodio, y el otro Aristogiton; de manera que si fué verdad, algunos griegos huidos de sus tierras en esta sazón haber entrado por España para socorro de los fenices de Cádiz y de Tiro, parece que pudieron ser estos almeonides atenienses cuando andaban huidos de Aténas, porque los tiempos en que lo uno y lo otro sucedió fueron casi todos unos. Y si fueron ellos tambien estos mismos almeonides, parece que podian ser aquellos que las corónicas de Castilla (corrompido el vocablo) nombraron almonides ó almuzudes, que dicen haber entrado por España, haciendo los daños y males que dejamos escritos en el segundo capítulo deste segundo libro, pues el nombre fué casi uno, y tambien todas nuestras escrituras españolas confiesan aquellos almonides ser griegos de nacion, sólo discrepan en hacer sus almonides algo más antiguos que los almeonides, de quien agora hablamos, y en atribuirles la fundacion de ciertas poblaciones que verdaderamente nunca hicie-

ron, como ya por aquel segundo capítulo sobredicho queda declarado.

Dejadas, pues, conjeturas aparte, dicen nuevas historias que desta suerte los moradores de Cádiz con sus fenices de Sidon y de Tiro fueron arrancados de lo principal que poseian en el Andalucía con sus valedores y parciales, y su templo y su ciudad destruidos de todo punto, por las causas que tenemos contado. Donde claramente pareció, los negocios llevados con soberbia, demasías y crueldad, como lo llevaron estos fenices, jamas tener buena salida ni buenos fines; al contrario de los que seguian con templanza, moderacion y buen tiento, que son las tres cosas que más juntas andan con la prudencia; puesto que Justino en el postrero libro de sus crónicas diga, que todas estas guerras y daños, cuantas los españoles hicieron contra los de Cádiz y contra sus confederados, fué por la mucha prosperidad, y de grandes acrecentamientos del gran templo y de su ciudad, y no por otra causa ni razon justa; lo cual todo segun va contado y escrito, fenecieron, y se concluyó cerca de los años quinientos y diez y siete primero que nuestro Señor Jesucristo naciese; poco despues que Dario, rey de los persianos, alzó de todo punto la sujecion y captiverio que los judíos padecian en Babilonia, donde residieron por espacio de cincuenta años, desde los tiempos que Nabucadnecor ó Nabucodonosor, el segundo deste nombre, que tambien vino en España, los llevó desde Judea. No es este Dario aquel rey á quien despues venció el gran Alejandro rey de Macedonia, sino un otro venturoso y notable príncipe, que como ya dije, los historiadores griegos y latinos llaman hijo de Histape; los libros Hebraycos, algunas veces por otro nombre le dicen Artaxerxe, segun afirma Rabi Salomon, y Aben Esdras, en cuyo tiempo sucedieron por el mundo cosas muy notables y señaladas, como fueron la reedificacion del templo de Jerusalem, el cual habiendo quedado destruido por los cimientos desde que Nabucadnecor lo quemó, fué concluida su labor, y perfectamente restaurado por consentimiento deste rey, en el año segundo de su imperio. Aconteció más en sus días, la fundacion de Marsella, la muerte de Hiparco, el tirano de Aténas en España, lo cual dejamos escrito de los fenices. En Italia tambien los romanos poco despues que los tales fenices quedaron destruidos, quitaron de su ciudad los reyes que tenían, y pusieron dos personas cadeñeras que gobernaban su república. Muchos otros acontecimientos y hazañas pasaron en aquella sazón, de quien los historiadores hacen notable



memoria; las cuales no ponemos aquí por no pertenecer á la crónica de España.

CAPITULO XXX.

Cómo los de Cádiz y sus fenices viéndose vencidos de los españoles, enviaron mensajeros á la gran ciudad de Cartago en Africa, pidiéndole favor, y de la buena respuesta que los cartagineses les dieron con ayuda de gentes, y de cuanto pedían.

Conociendo los de Cádiz y sus fenices que ya por ningun modo se podían conservar entre los andaluces, y que toda la gente de sus fronteras andaba movida contra ellos, tuvieron gran temor que pasados adelante se meterían dentro de la isla, para destruir cuantos pueblos hallasen en ella. Y mirando ser este peligro muy cierto si los andaluces porfiasen en la guerra, congojábanse mucho, no sabiendo parte, ni pueblo, ni provincia donde pudiesen hacer socorro, porque ya la ciudad de Tiro no tenía tal prosperidad cual solía, para que de allí le esperasen, á causa que pocos años ántes del tiempo que tratamos agora, gran multitud de esclavos extranjeros nacidos en diversas provincias que moraban dentro della, se rebelaron contra sus amos, y puestos en armas despedazaron cuanta gente hallaron dentro, y así tenían usurpada la ciudad con enemiga terrible de todos aquellos que primero valían y podían algo en Tiro, y en cualquiera otra parte de su parentela.

De manera, que con estar aquella ciudad de Tiro muy enflaquecida y deshecha por el daño que desto resultó, no hallaron los de Cádiz y sus confederados otro remedio sino despachar embajadores á la Señoría cartaginesa pidiéndoles ayuda, como de parientes principales entre su linaje, pues como ya contamos en lo pasado, la gran ciudad de Cartago con lo mejor de Cádiz fué todo poblacion de los vecinos de Tiro, y los de Tiro de los de Sidon y de los eritreos; de suerte, que sucedían los unos de los otros en una misma suerte y linaje. Estos cartagineses africanos andaban ya tan poderosos á todo cabo, que su ciudad era de las principales del mundo. Por tierra poseían las mejores provincias y tierras africanas, con casi todas las islas que van desde las fronteras de Italia hasta el Estrecho de Gibraltar, y por el agua ningun pueblo de cuantos había por esta sazón traía tales armadas, ni tal potencia sobre la mar; de lo cual allende que los autores gentiles cuantos escriben historias todos lo confiesan, hallamos tambien grande relacion dello por muchas partes de la Sagrada Escri-

tura y profetas, alabando las armadas de Tarsis, que dicen ser la mesma que la gran Cartago, segun escribieron los setenta intérpretes que trasladaron aquel santo volumen de hebraico en lengua griega. Y puesto que la ciudad de Roma tambien aquel tiempo creciese por las regiones italianas y subiese cada dia más, cierto sabemos que por estos dias no se comparaba con el poder de la gran Cartago. Llegados en Africa los mensajeros de Cádiz, hicieron muy entera relacion de cuanto pasaba en España, declarándoles el estrago que los andaluces habian cobrado por sus ejércitos, y como los tenían despojados de todas sus tierras cuantas poseían acá, las cuales eran suyas pacíficas, heredándolas de sus antepasados, labrando por ellas fortalezas y torres, edificando poblaciones, aclarando muchos mineros de metales y de pedrería preciosa, con acrecentamiento, prosperidad y mejoría de la provincia, procurando eso mesmo todos los bienes y provechos que podían á los naturales della, mostrándoles muchos artificios de gran industria, razon y humanidad; pero que los tales con su ferocidad y crueza natural, no agradeciendo cosas destas, los habian echado fuera del todo y embravecido por tal arte, que no contentos con las muertes y despojos que por ellos hicieron, se determinaban tambien á pelear contra los dioses y contra sus ministros, no teniendo memoria ni veneracion á las cosas divinas ni humanas, y les habian abrasado su templo que mandó cimentar y hacer el dios Hércules, con quien así los de Cádiz y de Tiro, como la gran Señoría de Cartago, tuvo continuamente su principal devocion, y les habian asolado la ciudad que tenían debajo de la proteccion y defensa de su divinidad, que no ménos la pudieran contar por lugar santificado y religioso de sus dioses, segun su concierto, justicia, buena gobernacion y santa manera; la cual, ya que todas las otras cosas le faltáran, merecía durar para siempre por la suntuosidad y hermosura de sus edificios y por los trabajos grandes, fatigas y gastos con que la hicieron, y que no contentos los andaluces con haber intentado tantas enormidades tan crueles y tan extrañas, cuales nunca se podrían contar, querían agora pasar dentro de Cádiz para los acabar de todo punto hasta que no dejasen memoria dellos, y despojarlos de la poca tierra donde su dios Hércules, hijo de Osiris, los había puesto primero, y despues los de Tiro y Sidon se habian conservado con sobrada gloria de todo su linaje.

Por tanto les rogaban, que mirados estos agravios, como personas que tenían á la sazón el mayor poder y señorío de las gentes en



quien decían hallar remedio los afligidos y desconsolados, les favoreciesen á tal necesidad, aunque no fuese por más de por vengar el desacato que se tuvo contra los dioses inmortales, mayormente que segun el parentesco de los unos á los otros, era notorio de todos los daños que por Cádiz viniesen cabía gran parte dellos á la república cartaginesa. Con esto pusieron delante la grandeza y excelencias de España, su fertilidad, sus abundancias, los crecidos bienes que tenían de ganados, pastos, herbajes, bosques y montañas, las riquísimas venas de metales, los muchos y copiosos mineros de plata, de oro, de piedras preciosas, de las cuales mostraron margasitas y señales en gran diversidad, para que con la codicia desto se moviesen á más fácilmente les ayudar. Alabábanles eso mesmo la buena gracia del sitio que tenía, diciéndoles cuán apropiada la hallarían para los tratos de navegacion, por estar casi toda rodeada de mar, llenísima de puertos abrigados, donde podría Cartago tener salida para sojuzgar con sus flotas el mar Océano de Poniente, no ménos el Mediterráneo de Levante desde el Estrecho adentro, por haber en ella todos los aparejos cuantos en esto podían desear. Declararonles otrosí, la condicion y manera de los españoles, como todos en general eran por aquel tiempo gente sin recelo de mal ni de bien que les pudiese venir, cuán simples y descuidados vivían en todos sus negocios, esto no solamente los andaluces con quien habían de tratar la pendencia, sino tambien las otras naciones de más adentro, que ni se favorecían ni se buscaban, ni casi se conocían, y cuanto más adelante de la tierra moraban, tanto más eran ásperos y silvestres; lo cual sería todo muy gran ocasion para que fenecido lo del Andalucía, pasasen los cartagineses á las otras provincias y naciones restantes y las ocupasen fácilmente, sobre lo cual prometía Cádiz darles tal industria que muy en breve poseyesen todas las Españas á su voluntad. Finalmente, tantos articulos dijeron en esta razon, y tan bien lo supieron representar, que los cartagineses movidos á tan gran interese, determinaron darles cuanto favor fuese posible, puesto que tenían ocupaciones gravísimas de negocios importantes, y conquistas emprendidas en otras partes á que les era necesario mirar; pero con todas ellas, luégo como mejor pudieron aparejaron fustas y gente con capitanes y municion, mandándoles que de camino, si fuese posible, requiriesen las palizadas y reparos en las islas de Mallorca y de Menorca, que los años ántes había su gente labrado por allí, con lo restante que sobraba, deján-

doles buen recaudo cuanto bastaba para las retener, se juntasen con estos otros á la jornada de España. Lo destas islas no se pudo por el presente hacer tan cumplido como debiera, y así despues de todos embarcados y juntos, llegaron á Cádiz con los embajadores sobredichos, que venían muy contentos á maravilla del buen despacho que traían. Esta fué la primera jornada que los cartagineses africanos hicieron de propósito á la tierra de España, en el año siguiente despues del rompimiento y desbarato de los fenices de Cádiz, cuando se contaban quinientos y diez y seis años ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, y mil y seiscientos y cuarenta y ocho despues de su poblacion. De la cual entrada redundaron adelante mayores y más terribles turbaciones en diversas provincias della que todas las pasadas, como lo verémos en el proceso de esta gran obra.

No faltan algunos escritores nuevos de mi tiempo, que certifiquen haber sido la tal venida de los cartagineses africanos en España muchos años adelante, de lo que la ponemos en esta parte, y ciertamente hiciéramos dellos aquí poca cuenta, si no tuvieran de su parcialidad al Maestro Antonio de Lebrija nuestro preceptor, en un tratado que comenzó de hacer en lengua castellana, declarando las antigüedades españolas, por mandado de la serenísima reina doña Isabel nuestra señora natural, pero de creer es, que si lo feneciera y emendára, siendo persona tan excelente, mudára lo que en esto dijo, juntamente con algunas otras cosas que tambien allí ponía, pues todas las historias auténticas de España cuantas en esto hablan, lo señalan en el tiempo que lo señalamos aquí. De las corónicas latinas ninguna lo contradice, muchas de las griegas declaran, que muy pocos años adelante deste tiempo que tratamos agora, los cartagineses en sus guerras africanas y de Sicilia, trajeron ejércitos españoles de Andalucía, cogidos á sueldo, significando la contradiccion que ya comenzaban á tener en aquella provincia, segun que muy presto lo contarémos todo por extenso.

CAPÍTULO XXXI.

En que se cuentan los nombres de las gentes y naciones españolas que moraban en el Andalucía, cuando los cartagineses vinieron allí para favorecer á los de Cádiz y sus fenices, contra los provinciales de la tierra.

Luégo como los cartagineses aportaron en Cádiz con aquel buen aparejo de su flota, lo